



José Luis Lanuza



Laberinto de Fortuna

De don Álvaro de Luna nos habla Fernán Pérez de Guzmán en su *Mar de Historias*: «Es de saber que este condestable fué pequeño de cuerpo e de menudo rostro, pero bien compuesto de sus miembros, de buena fuerza e muy buen cabalgador, asaz diestro en las armas, e en los juegos dellas muy avisado»... Otros documentos de su época nos completan el retrato. Tenía los ojos pequeños y la mirada muy aguda; boca grande y dientes no muy buenos, dice la *Crónica del Rey*. Tenía amplias las ventanas de la nariz, la frente ancha; fue precozmente calvo. Sus movimientos eran rápidos. Fue siempre delgado de cuerpo, «tanto que parecía que todo era niervos e huesos», dice la *Crónica de don Álvaro*. La misma crónica recuerda sus miradas: «tardaba los ojos en las cosas que miraba, más que otro ome»...

Este hombre de ademanes vivos y de miradas lentas era gracioso, cortesano, un poco poeta («trovaba e danzaba bien»), y era buen razonador, aunque de palabra no muy fluida («dubdaba un poco en la -190- fabla»), pero esto podía atribuirse más bien a su natural cautela, porque aunque se mostró siempre valiente era «grant disimulador, fengido e cabteloso». También fué «dado muebo a placeres». «Fué muy enamorado, e en todo tiempo guardó grand secreto a sus amores».

Así era el hombre de confianza, «el privado», de Juan II de Castilla. Sería difícil encontrar una pareja más desemejante que la del rey y el privado. El rey era alto, grueso, de rostro grande y colorado, de talante manso, bonachón, desmañado, haragán. Podían entenderse, sin embargo, porque al rey le gustaba la gente alegre e ingeniosa, y él mismo se atrevía a componer versos y «oya muy de grado los dizires rimados e conocía los vicios dellos», y sabía su poco de latín y era amigo de comentar libros y

dichos e historias. El rey tenía muchas buenas cualidades aunque -apunta maliciosamente Pérez de Guzmán- de las virtudes que corresponden principalmente a los reyes «fue muy defectuoso».

Es explicable que don Álvaro de Luna se apoderara de la voluntad de este rey poltrón. Cuando el rey Juan asumió el mando, a los 16 años, don Álvaro ya frisaba en los treinta. Pero desde los 18 vivía en compañía del rey niño.

-191-

Huérfano desde los 7 años, don Álvaro (era hijo ilegítimo del copero del rey Enrique, quien nunca se ocupó de él) fue educado por un tío suyo como caballero. Después obtuvo la protección de otro de sus parientes, don Pedro de Luna, arzobispo de Toledo. También contaba entre su parentela al papa Luna, el que se llamó Benedicto XIII y se aferró a la investidura después de ser destituido por el Concilio de Constanza. En la corte, no sólo se ganó don Álvaro la simpatía del rey sino la de las damas. Sobresalía en las justas y los torneos. Además era hombre de consejo. Los mismos infantes de Aragón, que querían disputarle la valía ante el monarca, lo respetaban y lo trataban con mucha consideración. Él era el hombre decisivo en los conflictos del rey con la nobleza. Se portó bien en la expedición a Granada. Pero a muchos los consumía la envidia al verlo triunfar siempre. Sufrían de que estuviera continuamente favorecido por el monarca y colocado en lo alto de la rueda de la Fortuna. Don Álvaro acumulaba títulos, castillos, dinero. Los enemigos le reprochaban su ambición. Su ambición cumplida, porque ellos también eran ambiciosos, pero no estaban satisfechos. Entre éstos el marqués de Santillana, -192- que se encarniza con él y le hace decir en el *Doctrinal de privados*:

Casa a casa ¡guay de mí!
e campo a campo allegué:
cosa alguna non dexé;
tanto quise cuanto vi...

Alguna vez lograban sobreponerse los nobles al rey y conseguían el alejamiento provisional de don Álvaro. Así en 1427, en 1439, en 1441. Pero don Álvaro regresaba siempre. Sus mismos amigos se preguntaban hasta cuándo le duraría la buena suerte, brujuleando la oportunidad de abandonarlo a tiempo. Una vez fueron a consultar a una bruja de Valladolid para que les pronosticara el porvenir de don Álvaro. Esa entrevista está contada por Juan de Mena en el *Labyrintho de Fortuna*. No importa que Juan de Mena amplifique poéticamente, copiando la *Pharsalia* de Lucano, la escena de magia. Juan de Mena copia casi literalmente, como si los bienes entre paisanos fueran comunes. Ambos habían nacido en Córdoba, aunque con quince siglos de distancia.

Lo cierto es que los partidarios de don Álvaro de Luna acudieron a una bruja de Castilla, la que por arte de necromancia, o por cualquier otra magia, les profetizó el destino del condestable. Eso lo atestiguan -193- Hernán Núñez, el comentador de Juan de

Mena: «Estando en la villa de Llerena oí a un hombre anciano y digno de creer, que los de la valía del condestable se aconsejaban con una maga que estaba en Valladolid, e los que seguían el partido de los infantes se aconsejaban con un religioso, fraile de la Mejorada, que es monasterio cabe la villa de Olmedo, el cual era gran nigromántico»⁴...

El vaticinio de la hechicera aseguraba la caída del condestable: «Será retraído del sublime trono / e aún a la fin del todo desfecho». Así lo refiere Juan de Mena en su *Labyrintho*; y el anciano informante de Hernán Núñez lo confirma: «Y la sobredicha maga dijo que el condestable había de ser hecho piezas...».

Los partidarios de don Álvaro no dudaron ya del próximo fin del favorito del rey, y se alejaron de -194- su lado. Pero pasaba el tiempo y don Álvaro seguía firme en el favor real. Cuando más, sufría algún pasajero eclipse, pero pronto retornaba. Los que se le separaran para acercarse al partido de los infantes de Aragón empezaban a arrepentirse, sospechando que habían hecho un mal negocio. Juan de Mena los compara a los camaleones que mudan de color y a los árboles muy trasplantados, que acaban por secarse. Por fin resolvieron consultar de nuevo a la bruja y reprocharle la falta de cumplimiento de la profecía. La mujer, hábil en interpretar los varios sentidos de los oráculos, contestó que (si se fijaban bien) verían que sus palabras ya se habían realizado. Ella aseguró que el condestable sería al fin deshecho. Y realmente, una estatua suya que estaba en Toledo había sido derribada y fundida. «Esto es tomado de la historia», dice Hernán Núñez. Porque el condestable había mandado hacer una estatua, o bulto, de bronce sobredorado para adornar su sepulcro en la iglesia mayor de Toledo, y en uno de los avances del infante de Aragón (don Enrique) sobre esa ciudad, la hizo derribar y fundir.

El condestable que, como ya sabemos, era poeta, dedicó unas coplas a su enemigo. Y aludiendo al -195- combate naval de Ponza, donde (en 1435) el infante don Enrique - junto con sus hermanos, los reyes de Aragón y Navarra- fuera vencido y preso por los genoveses, le decía:

Si flota vos combatió,
en verdad, señor infante,
mi bulto non vos prendió
cuando fuestes mareante,
porque ficiésedes nada
a una semblante figura
que estaba en mi sepultura
para mi fin ordenada...

No había razón -decía burlescamente don Álvaro- para tomar venganza de la estatua. Pero lo importante (para la bruja) era que don Álvaro hubiera sido destruido en efigie. Con eso la Fortuna quedaba satisfecha. Así razona la bruja de Valladolid en los versos de Juan de Mena: lo mismo que los leones hambrientos, cuando no encuentran presas

vivas que comer se contentan con carnes muertas y frías; las constelaciones, cuando hallan algún obstáculo a su acción, descargan su enojo en alguna forma semejante.

La Fortuna, ciega, se había saciado con un simulacro, dejando a don Álvaro más firme que un roble. Ya no había que esperar un nuevo golpe. Juan -196- de Mena comparte, gozoso y admirado, la opinión brujeril.

«Por ende, magnífico y grand condestable, / la ciega Fortuna que había de vos fambre, / farta la dextera la forma de arambre, / de aquí en adelante vos es favorable».

Juan de Mena escribió su *Labyrintho* en 1444 y lo dedicó al rey Juan II. Para esa fecha el condestable estaba de vuelta de sus destierros. Se mantenía en lo alto de la rueda, como domando a la Fortuna con riendas firmes. El antiguo vaticinio quedaba explicado y desvirtuado. Por lo menos provisionalmente, porque nueve años después, en 1453, el rey mandó prender al condestable y le hizo cortar la cabeza.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario